

Nota sobre la Relación del modo como Nuestro Señor manifestó el desagüe de la laguna mexicana. Un manuscrito sobre el sumidero de Pantitlán

TERESA ROJAS RABIELA

La ciudad de México se inundaba y se siguió inundando por días y meses enteros desde tiempos de la *gentilidad*. La inundación de 1499 había provocado la reedificación de la antigua Tenochtitlan, como la de 1607 el inicio de la obra del desagüe artificial de la cuenca de México por el paraje de Huehuetoca. Pero quizá ninguna inundación fue tan severa como la de 1629 y los años siguientes.

Las grandes inundaciones de la época colonial previas a esta última sucedieron en 1555, 1579, 1604 y 1607. Cada una provocó efectos y reacciones distintas que reflejan el ambiente intelectual y la situación social de los grupos participantes o afectados por ellas. Pocas han sido analizadas en este sentido y no sólo como un capítulo más de la historia del desagüe (siendo la excepción el estudio de Richard R. Boyer, *La gran inundación*, México, SepSetentas 218, 1975).

Con la primera inundación colonial apareció también la noticia de un sumidero o desagüe natural que la tradición indígena localizaba en Pantitlán, un lugar en medio de los dos peñones del lago de Texcoco. En aquella inundación, como en ninguna de las posteriores, las autoridades virreinales acudieron a los indios "principales" de los antiguos centros políticos de la cuenca en busca de soluciones a la crisis. Por su consejo y con su dirección y organización laboral, se reconstruyó la "albarrada de la laguna" (después conocida como de San Lázaro) y otras obras, y se inspeccionó el sitio de Pantitlán. El propio virrey Velasco (el viejo) se dirigió a él en canoa y pudo ver el remolino de agua, considerado como el signo externo del sumidero.

En 1607, y probablemente también en 1604, se volvió a buscar el famoso desagüadero natural. El entonces virrey Luis de Velasco (el mozo), "...que no despreciaba ninguna idea ni noticia que presentase cualquier apariencia de utilidad, mandó practicar una información de testigos sobre el particular, que comunicó a la junta de desagüe". La junta examinaba los numerosos proyectos presentados que proponían dar solución al problema de las inundaciones, a corto o a largo plazo. Como las opiniones sobre la utilidad del sumidero se dividieron, y como la obra del desagüe general por Huehuetoca había sido ya iniciada, luego que se recabó la información y que el sitio fue examinado por algunos buzos, no se hizo nada para tratar de limpiarlo o desenzolarlo.

El interrogatorio incluyó como testigos a algunos españoles y a muchos indios viejos que presentaron "unos mapas antiquísimos en que estaban pintados los dichos resumideros". Mapas y todo lo escrito se los llevó el virrey a España poco tiempo después (al ser nombrado presidente del Consejo de Indias).

El sumidero o sumideros de Pantitlán estaban rodeados de una estacada circular hecha de grandes morillos, en la que los buzos hallaron muchos montones de piedras chicas y grandes; los testigos dijeron que en tiempos antiguos se arrojaban allí los leprosos y otros enfermos contagiosos. También informaron que entonces estaba seco lo que en la actualidad estaba húmedo.

La tradición del sumidero volvió a despertar interés, y esta vez más acción, durante la gran inundación de 1629. El lugar fue inspeccionado y limpiado, y de entonces procede otra información de testigos "indios y españoles antiguos" que encontramos recogida en un documento que se ha atribuido al jesuita Francisco Calderón, pero que probablemente se deba más bien a otra mano; ¿de otro jesuita? Este documento es el que se publica ahora en este *Boletín del Archivo General de la Nación*.

Está compuesto sobre todo por el trasunto de lo dicho por los testigos de la información, pero contiene también los antecedentes coloniales de la búsqueda del sumidero, del inicio de la nueva inquietud, la descripción de dos pinturas o códices que sirvieron de pruebas demostrativas y los datos aportados no ya por los testigos o transmisores de la tradición, sino por historiadores y estudiosos de la historia antigua (Gerardo de Vargas Machuca, Horacio Carochi, Cristóbal del Castillo, Juan de Torquemada y Juan de Tovar).

La nueva inquietud que dio lugar a esta investigación y a los trabajos de búsqueda y desazolve del sumidero fue iniciada por el bachiller en teología y sacerdote, Bartolomé de Alva Ixtlilxochitl y asumida y promovida por su maestro el padre Francisco Calderón.

Los antecedentes de la información constan en el documento mismo. El bachiller Bartolomé de Alva, "...sacerdote, gran lengua mexicana, que por parte de madre era descendiente de los reyes antiguos de Tescoco...", predicador en la iglesia de San Antonio de la ciudad de México, supo que varios de sus feligreses tenían conocimiento del sumidero de Pantitlán e incluso que uno de

ellos poseía un mapa pintado en el que aparecía "la antigua México, su laguna y desagüe". Esto sucedía a mediados de 1630, con la inundación encima. Luego que de Alva relató esto a Calderón y que le mostró el mapa se inició el interrogatorio.

El documento no contiene, sin embargo, el relato de lo que sucedió después que Calderón, a través del confesor del virrey Marqués de Cerralvo, lo convenció de efectuar una inspección del sitio para localizar el desagüe natural y los trabajos necesarios para desenzolvarlo (en el supuesto de que sólo estaba "cerrado y sin respiración"). Para ambas tareas el virrey nombró a una comisión de maestros expertos y de jesuitas que ocuparon en ellas "... mucha gente, tiempo y costo...", usaron de toda clase de pruebas y artificios (bombas) para limpiarlo e intervenir buzos; tardaron aproximadamente un año.

Vinieron luego otras comisiones de inspección, y finalmente no hubo un consenso unánime de los pareceres. El ayuntamiento de la ciudad impugnó con ferocidad la continuación de los trabajos de Pantitlán argumentando la falta de credibilidad de la tradición indígena, "de pinturas y caracteres de la gentilidad", en que Calderón se basaba y que, según los del ayuntamiento, podían ser interpretados arbitrariamente. La enfrentaron a la ausencia de menciones al sumidero en "todos los historiadores de las Indias" exceptuando a uno que la hizo pero la impugnó.

Con una lógica envidiable, pero con una falta completa de comprensión del funcionamiento del sistema de obras hidráulicas indígenas, el ayuntamiento empleó otro argumento negativo: si hubo tal desagüe natural, por qué entonces hubo inundaciones y por qué se construyeron albarradas de protección en tiempos de los "reyes idólatras". Preguntó también por qué en 1555, cuando había aún indios antiguos que dieran razón del sumidero, se siguió haciendo frente a la inundación con albarradas de protección y no con el sumidero; y lo mismo para las de 1604 y 1607. En la respuesta del principal testigo de la información de Calderón y de Alva, un indio llamado Francisco Hernández, se lee la mejor argumentación en contra de lo dicho por el ayuntamiento: (la albarrada de la laguna) "...no se había hecho por ese temor [inundación] sino por otra comodidad, y era que dentro de la ciudad tenían huertos y arboledas y éstas se regaban con el agua dulce de los altos, y para que las aguas saladas de la laguna no se mezclasen con la dulce había sido la albarrada..." (capítulo 3°)

El análisis más sistemático del problema del sumidero y de las fuentes, tanto las coetáneas a los hechos como las históricas accesibles en su momento, es el realizado por José Fernando Ramírez entre 1856 y 1867 en su *Memoria (Memoria acerca de las obras e inundaciones en la ciudad de México)*, México, SEP-INAH, 1976). Allí se encuentra un comentario suyo que muestra el interés que el sumidero y sus posibles tesoros tenía todavía en 1852; dice: "...desempeñando yo el Ministerio de Relaciones he concedido un permiso de este género [de exploración]".

En esta obra, Ramírez describe un manuscrito que iría a copiar y que no transcribió finalmente por causas que se desconocen. Pero por los indicios que a continuación se detallarán, se puede afirmar que el contenido de ese manuscrito y el del que aquí se publica es el mismo.

Aunque resulta bastante difícil desenredar por completo la historia corrida por las versiones del documento

sobre el sumidero de Pantitlán, aquí se intenta y sólo gracias a contar con varias muy buenas fuentes y estudios.

Hasta ahora he logrado localizar con certeza dos versiones del documento atribuido a Calderón; sin embargo, es posible que existan otras versiones del mismo, quizá en el mismo Archivo General de la Nación. Hay noticias de una tercera versión, con por lo menos once capítulos, en vez de los seis de las otras dos.

Los antecedentes de la que ahora se publica en este *Boletín*, intitulada *Relación del modo como Nuestro Señor manifestó el desagüe de la laguna mexicana*, constan en el párrafo que antecede al título anterior: manuscrito en 8 fojas que el ciudadano Miguel Rico, empleado de la Comisaría General de la ciudad de Puebla, encontró en el Archivo de Temporalidades de la misma y que copia y dedica a don Lucas Alamán, ministro de Relaciones, en el año de 1831.

Aunque Rico, el copista de 1831, le atribuye una antigüedad de más de 300 años, suponemos que más bien se habría tratado de una copia del siglo XVII que estaría en el Archivo de Temporalidades, probablemente por haberse formado éste con parte de los documentos de los jesuitas luego de su expulsión en 1761.

Esta primera versión consta de seis capítulos que, según se desprende de la penúltima oración del sexto capítulo, no parecen haber sido todos los de una posible versión original hoy desconocida: "...por medio de los buzos que llevaron al puesto de Pantitlán, como se referirá adelante". Según la no muy confiable información de Beristáin de Souza, el original se componía de más de once capítulos.

La segunda versión conocida del documento del sumidero está publicada completa en dos fuentes ahora muy poco accesibles de 1825 y 1856 (en el *Aguila Mexicana* y en el *Apéndice al Diccionario universal de historia y geografía*, 3 vol. México, Tip. de R. Rafael). Por esta razón se ha querido publicar en el *Boletín*, en una versión distinta a la conocida, para que ambas puedan compararse.

Tal versión es copia hecha en México en 1750 de un manuscrito sin fecha ni firma que estaba entonces en poder de un Bernardino Estrada, natural de la ciudad de México. El que entonces la copió "a la letra", le agregó al final algunos datos sobre el sumidero en esos tiempos y le asignó una fecha de acuerdo a su contexto, la de 1650 ó 1660. Esta es la única fecha que se haya asignado al documento. Consta igualmente de seis capítulos, pero lleva dos encabezados, ambos distintos al de la primera versión comentada. Son los siguientes: 1) *Razones en que se fundan para creer hallarse resumideros que sirven de desagüe a la laguna de Texcoco* 2) *Noticia corriente, verdad no hallada, creída de unos, ignorada de otros y despreciada de todos, el tesoro de la imperial ciudad de México en el desagüe de la admirable laguna de Texcoco, enemiga capital de ella.*

Esta versión parece idéntica a la que Ramírez nos describe, pero que por desgracia no transcribió en su *Memoria*. La consultó en el Archivo General de la Nación y describe la pieza como "...un cuaderno de 10 fojas que con el número 11 se conserva entre los expedientes del Archivo Nacional, que forma la sección denominada *Desagüe de Huehuetoca*." Agrega que lleva la fecha de 1660, aunque la copia y un comentario final son de 1750 y que llevaba un pomposo título.

En resumen, la versión del *Apéndice* y la consultada

por Ramírez son idénticas, lo mismo que otro manuscrito en 10 fojas que fue propiedad de Joaquín García Icazbalceta y que está ahora depositado en la Colección Latinoamericana de la Universidad de Texas (J.G.I., Desagüe II-9). Suponemos que García Icazbalceta fue el que publicó esta versión en el *Apéndice*, pero no es absolutamente seguro pues el artículo en que se incluyó (Desagüe), no está firmado. Si esto fuera así, querría decir que la copia que está actualmente en Texas es la que García Icazbalceta utilizó para publicarla en el *Apéndice*.

Tampoco sabemos con certeza la relación que guardan la copia de García Icazbalceta (*Texas-Apéndice*), con la que Ramírez consultó en el Archivo General; pero no cabe duda de que se trata de la misma versión. Lo más probable es que de ésta, como de la primera, existan varias copias hechas en diferentes épocas y que difieren entre sí en detalles.

La noticia de una posible tercera versión más larga, con un mínimo de once capítulos, se encuentra citada por Ramírez, quien no la conoció sino sólo la encontró mencionada por el doctor José Mariano Beristáin de Souza en su *Biblioteca hispanoamericana septentrional*, 3 vol., México, 1816-1821) y de quien se queja porque no cita la biblioteca en que halló el manuscrito. De su título nos previene sobre la posibilidad de que Beristáin lo haya trastocado: *Informe del Superior Gobierno de México sobre el Sumidero de Pantitlan y sobre la obra del Desagüe de las Lagunas*. Beristáin lo atribuye al padre Calderón y dice que en él el jesuita procuró justificar el proyecto del sumidero tanto como impugnar la *Relación* de Fernando Carrillo (esto último a partir del capítulo 11, agrega). La *Relación* a la que se refiere fue publicada en 1637, en México (*Relación Universal legítima y verdadera del sitio en que está fundada la muy noble, insigne*

y muy leal Ciudad de México . . ., Imprenta de Francisco Salbago).

En el fragmento de la carta del jesuita Horacio Carochi que está inserta en el documento, aparece un dato que puede servir para fecharlo. Cuando habla de Cristóbal del Castillo dice: "...habrá 25 años que murió y era de 80 años cuando falleció" (capítulo 4º). Según fechas consignadas en conocido diccionario, del Castillo nació en 1526 y murió en 1606, con lo cual el documento sería de alrededor de 1631 (*Diccionario Porrúa*, 2 vol. México, Editorial Porrúa, S.A., 1964; vol. 1, p. 400).

Aparte de la historia y fechamiento del documento, y para terminar con esta nota, es conveniente señalar y situar algunos de sus principales aportes que están lejos de la pura valoración anecdótica que algunos le han atribuido. Además de su valor como un episodio más de la historia del desagüe de la cuenca, destacan aquellos aspectos relacionados con la tecnología indígena de manejo de su medio ambiente, y en especial del agua. Así, la existencia de mapas, compuertas y buzos, es decir, de especialistas, artificios mecánicos de control del agua y representaciones gráficas tanto de los accidentes naturales como de las obras artificiales. Los puntos más sobresalientes han sido analizados por Angel Palerm en su libro *Obras hidráulicas prehispánicas* (México, SEP-INAH, 1973; pp. 210-214).

Además de la obra citada de José Fernando Ramírez y de la *Relación Universal*, es importante tomar en cuenta el capítulo que Luis González Obregón dedica al sumidero en su "Reseña histórica del desagüe del Valle de México. 1449-1855" (en la *Memoria histórica, técnica y administrativa de las obras del desagüe del Valle de México*, 2 vol. y atlas, México, Tip. de la Oficina Impresora de Estampillas, 1902; vol. I, pp. 29-272).

HEMEROTECA

En el mes de julio se terminaron de desempacar las 120 cajas que contenían los periódicos que se encontraban en la Casa Amarilla.

Se han identificado aproximadamente:

360,000 números

30,000 periódicos oficiales

80,000 periódicos de provincia

210,000 periódicos de la capital

40,000 periódicos extranjeros

Participaron en la operación 70 voluntarios: Alumnos de la Universidad Ibero Americana, dos estudiantes de Servicio Social, el jefe de clasificación y el jefe de la Hemeroteca. Entre los títulos extranjeros se encontró la *Gazeta de Buenos Ayres* de 1815.